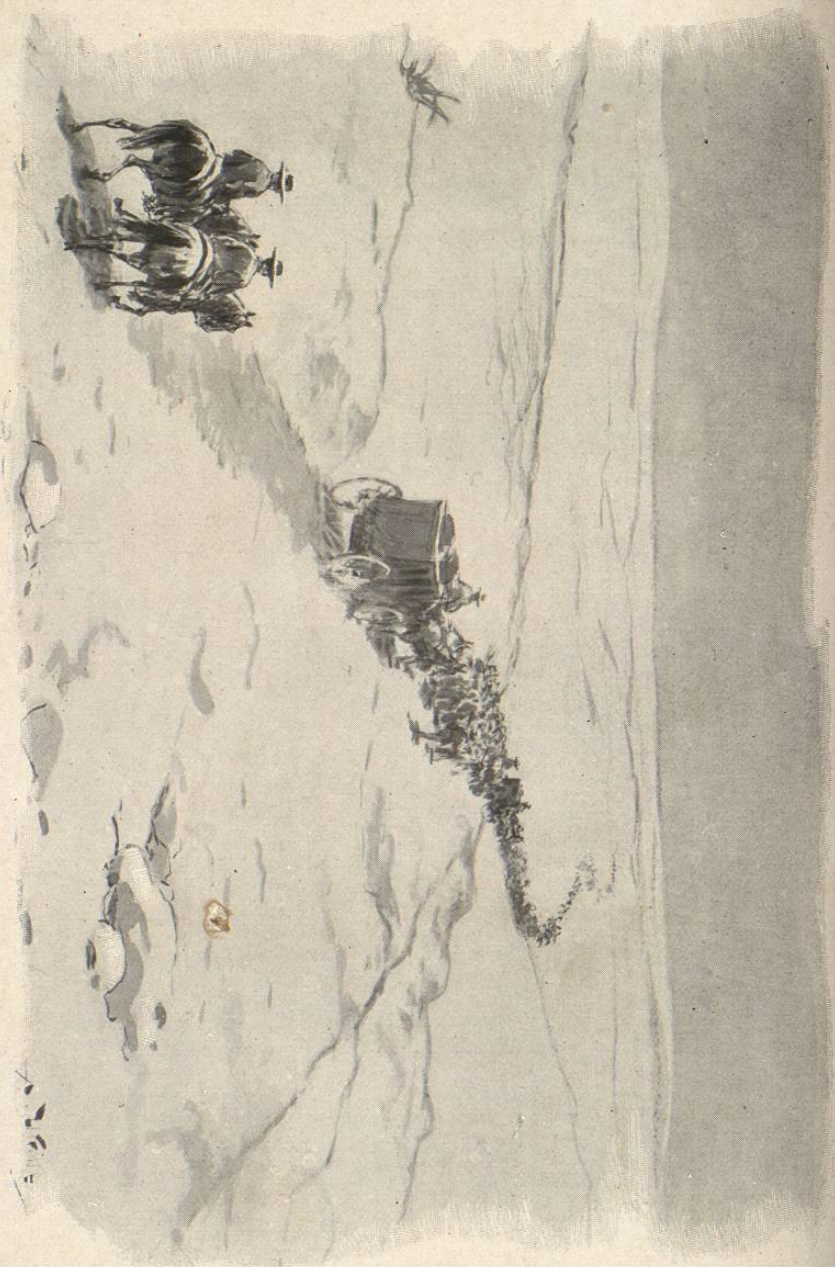


— Y el desierto era en verdad, altivo, temeroso, inatacable, fortificado...



CAPÍTULO IX

El desierto

I

LA comitiva aquella no tenía semejanza con nada conocido: no era un ejército en marcha, porque le faltaban los soldados y las armas; no era una caravana pacífica, porque los que la componían llevaban á veces restos de uniformes; no era un convoy de traficantes, porque no había las provisiones de agua y de víveres que transportaban los que solían viajar por el desierto: tenía de todo; pero más tenía de tropa derrotada, de comitiva cogida por los bandoleros y de familia que escapaba á un desastre, á un terremoto ó á un incendio en que hubieran quedado entre los escombros y las llamas las ropas mejores, los muebles, las acémilas y el dinero.

¡Qué macabra procesión! Había grupos de hombres á

pie, de mujeres con el pecho al aire, de chicuelos asombradizos, de soldados sin armas, de caballerías cogidas del diestro, de coches desvencijados, de carros hechos trizas, de familias que lloraban y de hombres... que lloraban también pidiendo á Dios que llegaran los franceses, que hubiera una batalla, que les hicieran prisioneros y que aquello terminara de cualquier modo.

¡Y qué gracioso alarde de confianza encerraban aquellas frases de Juárez rehusándose á salir de Monterrey como si fuera un fugitivo, y haciendo creer que sólo se trasladaba á otro lugar porque así lo exigían las necesidades de la defensa nacional! No, hay que decirlo claramente; aquello fué una huída, en que el polvo que levantaban los pies de los fugitivos iba apagando hasta el último rayo del lucero de la esperanza, que antes les había sonreído. Todos los días se sabía de nuevas defeciones, de nuevas derrotas, de nuevos cambios, de las nuevas raíces que iba echando en el suelo el árbol plantado por Almonte y Napoleón III; pero ellos, los juaristas, seguían su camino, seguros de que no podía ser eterno el triunfo de la iniquidad sobre el derecho.

De Santa Catarina pasó el Gobierno á Santa María, y desde allí encontró un paisaje más terrible aún que el que había traído de San Luis. Las grandes magueyeras, que parecían panoplias llenas de espadas que amenazaban al cielo, á la tierra y al abismo; los enormes cactus con su

roja fruta y su flor abierta como corazón sangriento; los chaparros que solían darle severidad al paisaje, pero que al fin constituían un paisaje, habían desaparecido del todo, habían ido achicándose, perdiéndose, ocultándose en el centro de la tierra, y sólo quedaba una inmensa extensión, una extensión arenosa, pelada, triste y solemne que infundía pavor en las almas de los esforzados.

— Entramos en el Desierto; sea por Dios, dijo Guillermo: que El nos muestre la tierra prometida.

Y el desierto era en verdad, altivo, temeroso, inatacable, fortificado en su misma rudeza, en su misma solemnidad, en su misma sencillez. Caminaron todo el día, los de á caballo sufriendo los saetazos de un sol que defendía sus dominios con la furia de quien encuentra que se viola lo que le pertenece; los de los coches sufriendo el calor y el polvo.

Brambila solía ver que una nube envolvía los carruajes, les rodeaba, les ocultaba de la vista y hasta parecía conducirles y levantarles en alto, y cuando se acercaba al que conducía á Cristina y á la familia de Prieto le recibía una nube de polvo grueso que sin defensa se introducía por los ojos, narices, boca y oídos, produciéndoles una irritación espantosa, un escozor vecino de la locura. Nacho, el niño, dormía con la cara amoratada y los ojos medio abiertos, como si estuviera más aletargado que en reposo.

Al despertar lloraba desconsoladamente, como si sintiera un gran dolor interno.

— ¿A qué hora llegaremos á la jornada? preguntó Cristina en medio de su cansancio.

— Ni siquiera sé si aquí hay jornadas ni dónde se descansa.

— ¡Qué angustia, Dios mío! decían las señoras limpiándose el sudor que les llenaba el rostro.

— ¡Adelante, adelante! decía alguno más animoso. ¡Adelante! que no tardaremos en encontrar asilo.

Pero no había tal; la landa inmensa seguía por leguas y leguas hasta perderse de vista; el lomerío, de lomas bajas y estériles, semejaba las ondulaciones de un mar eternamente en calma; y los miles de millones de corpúsculos que el sol tenía cuidado de pulir y abrillantar mostrando las fases que hirieran más los ojos, brotaban con el casco de los caballos, se difundían por los aires, y al cegar la vista parecían una lluvia de diamantes que descendiera á la tierra en cristalizaciones caprichosas y no imaginadas nunca.

La repentina salida de Monterrey hizo que se olvidara ó se descuidara mucho lo de matalotaje, y el agua, que todo el mundo ansiaba sorber para calmar un poco la opresión y el bochorno del mediodía, nadie se figuraba dónde iba á hallarla, pues la falta de lluvia tenía secos todos los arroyos y veneros del rumbo.

Así siguió caminando la caravana sin encontrar punto de sesteo, y cuando el sol dejó de lanzar sus dardos y se extendió sobre la tierra una poca de paz y de frescura, hombres y bestias descansaron en una ranchería casi abandonada, en que apenas habitaban los dos ó tres viejos que los indios habían respetado en sus correrías.

Como si el sol hubiera ido sólo á llenar su aljaba con más crueles y enherboladas flechas, salió al día siguiente cuando menos lo esperaban los viajeros. Pero no salió como suele salir en el campo, entre nubes rosadas, alegre, plácido, rompiendo en la altura doseles de estratus en que se confunden el amarillo paja con el verde claro, y en el suelo el aljófár menudísimo que llora la noche sobre la hierba lozana y perfumada. No le acompañaron en los árboles las arpadas lenguas de los pajarillos, ni en las chozas el canto de los gallos y la bendita columna de humo que anuncia se cuece en el hogar el bendito pan del trabajo. Salió de pronto, cruel, inexorable, rojizo, como si hubiera sido un escudo puesto en un horno hasta tomar el color del bronce candente.

Y desde esa hora empezaron el tráfago, el agigolón, el ir y venir, el obsequiarse los amigos con un trago de agua que quemaba por caliente y repugnaba por corrompida, ó con un trago de alcohol que quemaba más la sangre y provocaba nuevas y terribles fantasías; el aderezar

mulas y caballos y el montar á toda prisa para evitar la fuerza del calor.

A las cinco y media, entre lamentos de señoras, llorar de niños, renegar de arrieros, alabados de la soldadesca y órdenes de los jefes, la comitiva se puso en marcha con relativo desembarazo. La jornada, no hay para qué decirlo, fué todavía más penosa que la anterior; pero cuando descansaban los viajeros á la sombra de unas paredes viejas que la suerte les deparó, vieron venir á toda rienda á un sujeto que por los cordones y las charreteras del uniforme parecía militar, y paisano por la gorrita de fieltro que le cubría el rostro.

— Es uno de los de la escolta, dijo Iglesias.

— ¡Es Lalanne, el coronel Lalanne! exclamó Guillermo.

Y Lalanne era, en efecto, que llegaba portador de un mensaje que dijo en voz alta:

— Señor Presidente, el señor general González Ortega manda decir á ustedes que si se apresuran un poco dormirán en la hacienda de Anheló, donde les tiene preparado alojamiento.

Como si hubiera sido un espolazo, los ánimos aplanados se sintieron llenos de confianza, los semblantes mustios se alegraron y hasta las bestias, que parecían haber oído y entendido el mensaje, empezaron á caminar con un brío de que hacía tiempo no daban muestra.

Y en efecto, allí estaba la hacienda, tras una loma, en

medio de aquel paisaje árido y triste; pero convertida en un vergel en que la verdura mostraba su nota alegre y refrigeradora, en que brotaban las flores y corría el agua y se palpaba la vida.



La primer visita fué para la huerta, que era un oasis en medio de aquellos arenales inmensos: las manzanas se ostentaban rojas, cristalinas, incitantes, como mejilla de doncella; los melocotones, gordos y amarillentos como rostros enfermos de mal de costa, mostraban su vello que hacía estremecerse á los nerviosos; los limones, ocultos entre las hojas verdes del árbol y confundiéndose con ellas, daban idea del frescor y la humedad más agrada-

bles; y granadas de rojos granos y corteza que parecía docto pergamino, perones, higos, albérchigos y sobre todo uvas como ojitos verdes que espieran entre las hojas, deleitaron á los pobres y rendidos excursionistas.

Saquearon la huerta en menos que canta un gallo, y cuando volvieron con racimos de uvas que habrían dado envidia á los que llevaron de la tierra de Canán los mensajeros hebreos, sólo Juárez y sus ministros se rehusaron á comer aquel regalo. Hasta el austero Balcárcel cogió un racimito y le saboreó hasta el fin murmurando con deleite: *dulcia vitia, dulcia vitia*.

La comida, para la cual se habían reservado los jefes, no fué tal como la hacía presagiar la esplendidez de la huerta: un zancarrón que no se supo nunca si fué de ave ó de cuadrúpedo, de pez ó de fósil, de cosa viva ó de cosa muerta, les dió que hacer durante un largo espacio. Al fin, cansados de majar en hierro frío, arrojaron el zancarrón por la ventana y comieron unos frijoles parados que daban la hora.

Al caer el zancarrón fué á dar cerca del licenciado Caballero y del coronel de la Fuente; hicieron lo que les fué posible contra aquella roca disfrazada con aponeurosis y tegumentos y la arrojaron al suelo. De allí la recogió Brambila y la llevó á Cristina, regocijándose y tomando á chacota el paso. Los chicos salieron un poco mejor librados en su busca de elementos nutritivos, que tanto pueden el hambre y los dientes jóvenes.

Brambila se reía mientras buscaba hilillos de cualquier cosa digerible en aquel zancarrón que parecía el legendario de Mahoma; pero más se reía viendo á Juárez, Iglesias, Lerdo y Prieto sentados á una mesilla que parecía de las que se ponen para los niños en los días de banquete, y al administrador de la finca repitiendo á más y mejor:

— ¡Qué comida tan opípara!, ¿verdad, señor Presidente?

Pero ni Brambila ni ninguno de los de la compañía se libró de un caso terrible y que para relatarse exigiría el numen rabelesiano: las uvas hicieron oficio de purgante, y la jornada de Anheló tuvo que retardarse varias horas. Balcárcel salió de su imperturbabilidad; Contreras Elizalde suspendió una conferencia sobre el artículo 5.º ó el 6.º del Código fundamental; se agravó el general Ortiz y Zárate, y hasta Guillermo Prieto se puso enfermo, y en medio de los retortijones de tripas y de los crujidos de dientes decía á su adlátere:

— ¡Tenía razón este bendito administrador; tenía razón que le sobraba!

— ¿Y por qué, señor?

— Sebastián Lerdo le preguntaba si había muchos bárbaros por aquí, y él respondió sin vacilar: «Claro que hay, sí, señor; claro que hay muchos bárbaros; pero... ustedes son más»... Con lo cual, aunque quería decir que

podíamos contra los bárbaros, porque éramos más que ellos en número, en realidad nos dijo que éramos más bárbaros que los tales... Que era lo que se quería demostrar.

II

Desde Anhelo se resolvieron los viajeros á abandonar el camino de Monclova, que habían seguido hasta allí, tomando el lateral de Parras. González Ortega quedó encargado del mando de una pequeña escolta, y aunque tuvieron amagos de ataque por parte de una columna francesa, continuaron sin novedad por villa de Viezca, Laguna de Matamoros y Santa Rosa.

Una noche, en las Tinajas, en el riñón del desierto, donde quizás nunca había llegado noticia de que existieran presidentes de la República ni gentes que ejercieran mando en México, y donde de seguro no pudo pensarse que pasaran jamás los grandes de la tierra aunque fuera fugitivos y errantes; una noche vieron los de la comitiva subir las sombras con religioso fervor.

Porque en el desierto no viene la noche como dice el poeta: «sencillamente, cuando el día se retira»; no, en el desierto, cuando en el cielo muestra todavía el sol su abanico variopinto, en que riñen lucha cruel las tintas moribundas y los colores chillones, la noche sube de la tierra, sube como si estuviera acurrucada detrás de los

matorrales, dentro de los barrancos, á la vera de las abras temerosas y bañándose en el líquido putrefacto de los pantanos, de donde sale la malaria traidora y asesina.

La jornada se había rendido con gran esfuerzo; las bestias se revolcaban en la arena del suelo, para enjugar el sudor de la caminata y para calmar la comezón que les producía la picadura de los tábanos; los hombres se agrupaban en reuniones sigilosas que se confundían con los pretiles y las rocas, y la paz que se extendía en aquella inmensa extensión, era más triste y más temerosa en su soledad que si hubiera estado preñada de enemigos.

Juárez se estuvo contemplando el cielo en que brillaban las estrellas como clavos de oro que sujetaran una colgadura fúnebre; pero á poco, acostumbrado á la obscuridad, distinguió grupos de gentes que iban y venían comunicándose al oído algo que parecía una contraseña. El Presidente llamó á Prieto y le encargó que averiguara qué significaban aquellas reuniones que parecían subversivas.

— ¿Qué es esto, muchachos, dijo Prieto interpelando á los más próximos? ¿Qué quieren decir esta bola y este silencio? ¿Se han vuelto frailes capuchinos ó están en la muda? A cantar, hijos, á divertirse, á sacudir el fastidio, que es una contracaridá pasar los trabajos que pasamos en el día para hacer en la noche cara de herrero mal pagado.

— Pos don Guillermo, pos, güero, respondió resueltamente el más viejo y el que parecía de más autoridad entre los reservados; ¿cómo quiere su mercé que estemos contentos los pobres Juanes, no teniendo ni paga, ni comida, ni siquiera un trago de refino?

— ¿Paga? Pero ¿para qué quieres paga si no hay en qué gastarla? ¿Comida? Comes como el Presidente de la República, como los ministros, como el mismo Contreras Elizalde, á quien le llaman el Parisiense porque ha vivido mano á mano con los reyes y los príncipes de las Europas... En cuanto á beber, tú y tus amigos beben más que nosotros. Apenas hay un trago y Juárez dice: «para los soldados, para la gente, para la escolta». ¿Quién se bebió hace dos días una damajuana de coñac? ¿Quién acabó con una caja de vino tinto, al grado que apenas alcanzaron un dedalito el general Ortiz de Zárate, Espinosa de los Monteros, Manuel Izaguirre y las señoras de la comitiva?

— Pos nosotros, jefe, contestó el *Juan* relamiéndose los bigotes.

— Pues entonces ¿de qué se quejan? Que pasen ocho ó diez días y habrá abundancia y habrá dinero y habrá comida y bebida... hasta tentárselas.

— Bueno, güero, pero eso tarda, y mientras...

— Mientras, nos aguantamos; ¿para qué somos hombres?

— Pos pa sufrir.

— Pos pa sufrir, está dicho: vámonos estando firmes, al fin que no son éstas penas del infierno...

Y luego comenzó Guillermo á consolar á los muchachos hablándoles de la patria invadida y del francés triunfante y del papel que ellos desempeñaban y de la necesidad de mantenerse fuertes y de no ceder jamás. Y con aquellas exhortaciones patrióticas y con aquellas voces de cariño, cuentos, narracioncillas picarescas, harapos de la túnica de Scherezada, despojos de Perrault, de Walter Scott, de Dumas y de Hugo; pero aderezados con la salsa de aquella imaginación rica y brillante que tomaba como materia prima los cuentos de viejas, las imaginaciones del vulgo y las tonterías y las mentiras del populacho. Y los soldados, aquellos mismos que reclamaban prest, vestuario y rancho, empezaron á agruparse cerca del narrador, á dirigirle cándidas preguntas, á interesarse en las desventuras de los Calendas, en la suerte de Robinsón, en la vida de la emparedada ó en las tristezas de la hermana Ana.

Poco á poco se fué apagando la voz de Guillermo, los soldados fueron cayendo dormidos en posturas de niños á quienes sorprendió el sueño lejos del regazo de su madre, y á poco se oyó un solo, grave y sonoro ronquido que respondió en vez de aplausos y aclamaciones de admiración á la voz del que contaba. Cuando les dejó bien dor-